

Por paso que hable, está tan cerca que nos oír; ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí».

Dios reside en el alma justa, al decir de Santa Teresa, como un rey en su castillo. Toda la vida espiritual, y la vida religiosa en particular, puede resumirse en una **interiorización progresiva** que lleva al alma desde la cerca de ese castillo hasta la morada más interior, en la que reside el Rey de reyes. Hacia este Dios, percibido o descubierto en las profundidades, deben dirigirse todos los esfuerzos de la religiosa. Para verlo, encontrarlo y unirse a El en un abrazo en la oscuridad, esperando la visión del cielo, se orientará marchando hacia lo profundo de sí misma.

La gracia infundida en el alma es de la misma naturaleza que Dios: vida, amor, bien difusivo de sí como El, conquistadora como El. Invasora y filial, la gracia cumplirá su obra de transformación y conquista. • Invasora, penetra y domina progresivamente las facultades humanas liberándolas de sus tendencias egoístas y desordenadas. • Filial, las arrastra, después de haberlas conquistado, en su movimiento hacia este Dios interior, Padre de la luz y de la misericordia, y se las ofrece ya purificadas y fieles, sumisas a sus ilustraciones y a su acción.

De ahí se sigue: • una dependencia creciente del alma respecto de Dios; • un mayor desapego de todo lo creado; • una simplificación progresiva de todo el interior, de las disposiciones de alma, de los intereses y aspiraciones, de las virtudes, de la misma mirada interior, que acaba viendo sólo a Dios, o viéndolo todo en Dios; • una capacidad, en consecuencia, de adorar más y mejor, por cuanto el alma ya sólo busca a Dios, su gloria, sus intereses.

Conclusión.

«Hubo un tiempo –nos inculca San Pablo– *en que fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz*» (Ef. 5 8). A eso apunta justamente la presencia de Dios: a **caminar como hijos de la luz para ser perfectos ante los ojos de Dios**. La religiosa debe vivir en la plena luz de Dios: • luz sobre lo que es Dios; • luz sobre lo que son las creaturas, espejos de Dios; • luz sobre lo que es ella misma, hija privilegiada de Dios; • luz sobre lo que es la acción de la providencia de Dios sobre ella, y sobre lo que ella debe hacer para agradar a Dios. Sólo así podrá cumplir con su elevada misión de *adoradora de Dios en espíritu y en verdad*.

Para ejercitar esta presencia de Dios podrá ayudarse de los más variados actos: • jaculatorias, que es uno de los modos de practicar la presencia de Dios con los afectos, lanzándole ardientes oraciones en medio de sus variadas actividades; • comuniones espirituales, esto es, ardientes deseos de recibir a Nuestro Señor, de unirse a El, de conformarse con sus voluntades; • ofrecimiento frecuente de las propias actividades, con la intención de verificar que corresponde con la voluntad y el agrado de nuestro Padre celestial.

Hojitas de Fe

Si quieres... sígueme

466

13. Vida consagrada

La presencia de Dios

La adoración del Padre, que hemos considerado en dos Hojitas de Fe anteriores, es esencialmente una actitud de *permanecer en la verdad*: en la verdad de lo que es Dios, nuestro Creador y Señor, y en la verdad de lo que somos nosotros, creaturas en todo dependientes de El y obligadas a buscar su gloria, en la cual hallamos también nuestra propia dicha.

Por eso mismo, esta adoración reclama algunas condiciones de base, actitudes que podríamos llamar *de verdad*, sin las cuales quedaría distorsionada, ya por no darse *en espíritu*, ya por no darse *en verdad*. Y estas condiciones son sobre todo dos: la *presencia de Dios* y la *humildad*.

Veamos por el momento la **práctica de la presencia de Dios**, pero considerándola como actitud de contemplación y de adoración.

1º La presencia de Dios como actitud adoradora.

«*Camina en mi presencia, y sé perfecto*» (Gen. 17 1), había dicho Dios a Abraham, resumiendo en esta práctica toda la perfección que de él reclamaba. Y, en realidad, la presencia de Dios es una de las prácticas más necesarias para vivir de adoración a Dios Nuestro Señor. ¿Por qué? Porque ante todo, **para adorar a Dios, hace falta verlo**: verlo donde está, esto es, verlo en todas partes, y verlo de todos los modos posibles, pues de varias maneras se nos deja ver el Señor. Demos, si no, algunos ejemplos.

1º Dijimos que los primeros adoradores que acompañaron a Jesús en su adoración al Padre fueron María y José en Nazaret. Gozaron ellos de la inapreciable compañía y *presencia continua del Verbo encarnado*. Y el Verbo encarnado les enseñaba a ver a Dios, a verlo a El, en todas las demás cosas creadas, ya con la *presencia de inmensidad*, por la que toda la creación pasa a ser un espejo que refleja las perfecciones de Dios, ya con la *presencia de inhabitación*, por la que sabían que Cristo habitaba en sus corazones.

2º Podemos hacernos otra idea del carácter adorador de la presencia de Dios en Adán, mientras gozó de la justicia original en el paraíso. Dotado él de una naturaleza perfecta coronada por la gracia santificante y los dones preternaturales, Dios se le hacía presente de varias maneras, cada una de las cuales se complementaba con las otras, sin neutralizarlas ni anularlas:

• Tenía, ante todo, la **presencia de inmensidad** de Dios en la creación sensible. A partir, tanto de los efectos sensibles como de los efectos más inteligibles, Adán lograba ver a Dios en la creación como en un espejo en el que se reflejaban sus perfecciones. Nada impedía entonces a su inteligencia captar todo lo que los efectos nos dicen de la causa. De la creación se elevaba fácilmente al Creador; todo le hablaba de El, a El veía en todas las cosas.

• Tenía luego, en sí mismo, la **presencia de inhabitación** por la gracia. Ejercitando su fe sobrenatural, sabía Adán buscar a Dios dentro de sí, recogiendo y viviendo en dulce intimidad con El, ansiando el momento en que podría entrar a gozar de la visión directa de la esencia divina.

• Finalmente, según la Sagrada Escritura, gozaba Adán de **manifestaciones periódicas de Dios**, que al caer de la tarde se le hacía presente, seguramente de algún modo sensible, para anticipar la familiaridad que debía reinar entre ambos por toda la eternidad. Estas visitas periódicas de Dios agudizaban el sentido de la presencia de Dios en todo momento y en todas partes.

3º Otro ejemplo del valor de adoración que tiene la presencia de Dios lo tenemos en los bienaventurados del cielo. También ellos gozan de una triple presencia de Dios, por la que se sumen en una actitud de reverencia, adoración y amor:

• Ante todo, la **presencia de visión beatífica**, por la que contemplan a Dios cara a cara, sin velo ni oscuridad alguna. Tanto los ángeles como los santos cantan «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos» (Is. 6 3), exaltando la divina Majestad, adorándola, alabándola, temiéndola, y colocándose cada uno en su lugar ante este Dios de inmensa Majestad.

• Luego, la **presencia de inhabitación**, pero con una diferencia respecto de la nuestra, ya que ellos ven en sus almas los efectos y la belleza de esta gracia.

• Finalmente, también gozarán de la **presencia de inmensidad**, aunque muy ennoblecida, por cuanto la creación entera, glorificada como el cuerpo del hombre, se presentará a sus ojos como un espejo mucho más perfecto de las perfecciones de Dios: y así en todo contemplarán a Dios reflejado en sus obras.

De estos ejemplos podemos deducir los tres modos principales de presencia de Dios que toda alma religiosa debe cultivar.

2º La presencia de Dios en las cosas creadas.

Ante todo, debe la religiosa ver a Dios donde está. Ahora bien, ¿dónde no está El? El hecho de que no veamos a Dios en todas partes se debe a nuestra poca visión, a nuestros ojos enfermos y débiles. Para facilitar esta visión de Dios en las creaturas, en las cuales podemos verlo como la causa en los efectos, y como en un espejo que refleja sus perfecciones, Dios concede a todo cristiano, pero particularmente a la religiosa, un don del Espíritu Santo, el **don de ciencia**.

Este don tiene una doble particularidad: • al mostrar a Dios presente en las creaturas, por una parte lleva al hombre a orientarse hacia Dios a través de ellas, sintiendo cómo todas ellas le hablan de Dios, se lo manifiestan, se lo indican; • pero, por otra parte, también lleva al hombre a no apegarse a ninguna creatura,

dado que la misma luz que hace ver en ellas la huella de Dios, manifiesta a las claras que ellas, por sí mismas, nada son.

El ejemplo más acabado de este don de ciencia lo encontramos en Nuestro Señor Jesucristo, y en sus admirables parábolas. En ellas advertimos hasta qué punto nuestro Salvador veía a su Padre, y los misterios de la gracia, reflejados en la creación. La visión de un sembrador le trae a la mente el misterio de los inicios y de la propagación de la Iglesia; un grano de mostaza le sirve para explicar la vitalidad de ese germen que El mismo deposita en las almas por la predicación, y que confía luego a sus apóstoles; el ejemplo de un pastor en busca de su oveja perdida le recuerda su propia obra de redención y de misericordia; y así va Nuestro Señor encontrando en las creaturas la impronta del plan de su Padre, y de las realidades sobrenaturales.

Muchas ocasiones tiene la religiosa para despertar la viveza de esta mirada sobre Dios: en sus trabajos y ocupaciones, en la naturaleza que la rodea, en las Hermanas con las que vive, en las cosas que hace o permite la providencia, en los mismos acontecimientos que le afectan. Lo único que tiene que hacer es animarse de un profundo espíritu de fe, para que la luz de Dios esclarezca su mirada sobre todas las cosas.

3º La presencia de Dios en la Sagrada Eucaristía.

Una segunda presencia de Dios, de la que la religiosa goza como María y José gozaban de la presencia de Jesús en Nazaret, es su presencia en la Sagrada Eucaristía.

¿Quién no verá, sobre todo en esta presencia, la adoración del Dios Sacramentado, y la unión a Aquél que reside en este Sacramento para proseguir en nuestro nombre la adoración perfecta de su Padre? De hecho, la presencia de Jesús en el Sagrario es la prolongación de su vida de Nazaret: si Nuestro Señor se queda sacramentado, es ante todo para adorar a su Padre en nombre nuestro, ofreciéndole el tributo de alabanza, de acción de gracias, de impetración y de expiación que toda la creación le debe.

Esta presencia ocupa partes notables de la vida de la religiosa, especialmente en aquellos momentos en que la Regla la llama a estar en la capilla. Oficios de comunidad, Santa Misa y Comunión, meditación de regla y adoraciones de la mañana y de la tarde, visitas al Santísimo, Santo Rosario y exposiciones, todo ello salpica cada una de las jornadas de la religiosa.

4º La presencia de Dios en el alma por la gracia.

De todas las presencias de Dios, la más importante, por ser la más duradera e íntima, y la que tiene razón de fin respecto de las demás presencias, es la presencia de inhabitación en nuestras almas por la gracia.

«Mirad—escribe Santa Teresa— que dice San Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con El, ni ha menester hablar a voces?